


“Un torrente gota a gota”, A.C.Cálamus

 José Mariano Pizarro Sánchez, Poeta y escritor, del Taller de Literatura de la U.P. de Jaraíz

El hermano Marista, D. Luis Salvo, que nos enseñaba Física y Química en aquel bachillerato de los años setenta, propuso hacer un experimento por grupos. Mandó medir el largo encerado del aula con plena exactitud. No deberíamos divulgar la dimensión hasta que todos hubiéramos finalizado la experiencia. Mientras esperábamos la excitación, por ser los únicos en dar la medida cabal, nos entusiasmaba infantilmente.

Llegada la hora de exponer los resultados, ninguno de los equipos proporcionó la misma medida a algo que parecía tan obvio: la pizarra de nuestra aula. Sí, el encerado medía nueve metros, se imaginan ustedes qué aula podía ser con un encerado de nueve metros. Aunque hubo quien marcó ocho y los hubo que marcaron diez, lo cual contribuyó al *despijor* y a la algarabía general de la clase. Lo cierto es que en la cuestión de centímetros y milímetros no coincidió ni una sola de las respuestas.

Lo mismo ocurriría, se me antoja, con cada uno de nosotros, escritores de este libro que acaba de salir a la luz; personas que dedicamos mucho o poco tiempo a la escritura con mayor o menor fortuna, si nos preguntaran: ¿Cuál es la razón exacta del impulso de escribir?

Con plena seguridad, cada persona respondería una razón diferente. En primer lugar porque hacer partícipes a los demás de los pensamientos propios no es una magnitud, aunque dicho para mis adentros, las matemáticas, al igual que Dios, también anden entre los pucheros. Y en segundo lugar porque esa razón, la mayor de las veces, es *“la razón de la sinrazón, Sancho”*.

De lo que sí estoy seguro es de que cada vez que leo trabajos de mis compañeros me siento más solidario con ellos; más humanista, erudito y cultivado siguiendo por la senda de autores renombrados que en el mundo han sido. Me contagio de entusiasmo y me esfuerzo en pos de la comunicación. Comunicar, comprometerse en contar ideas, sentimientos, inteligencia en sustrato puro por medio de la palabra.

Para ser escritor, sin adjetivar, sin más preámbulos, hay

que tener un poco de mala leche y un poco de buen humor. Que cada cual rectifique en las proporciones. Porque verán, uno empieza escribiendo monstruos que miramos con ojos de madre incondicional. Más tarde, con la pátina del tiempo y de los menesteres de la experiencia y los tropezos, vamos transformando esos monstruos de patitos feos a cisnes maravillosos.

Pero cuando se acaban los cuentos nadie nos dice qué ocurre después. Y cada cual sigue buscando sus historias, como si se tratara de buscar en un trastero, los finales perfectos o imperfectos cuando no pluscuamperfectos.

Es entonces cuando se descubre, como reza un verso de uno de mis poemas, que *“La muerte se disfrazó de cisne y habitó entre nosotros”*. Mas la vida, esta ilusión de vivir, es tan bella que continuamos como proeles oteando el horizonte; porque uno en el fondo es pecador del mundo, no del demonio ni de la carne como confesaba Filiberto, otro personaje de mis relatos.

No se cesa ya en ese afán aventurero de loco empeño, de veloz cruzada por conquistar con la palabra otros mundos que están en éste, velar las mil y una noches, levantar otras tantas ciudades invisibles cual lo hiciera Ítalo Calvino. se trata de lograr el mejor de los mundos, el evasivo y sobre él fantasear creyéndose que de esta manera uno alcanza la inmortalidad, cuando no la insensatez o locura. Porque hasta el más audaz de los escritores ha atravesado los desiertos creativos, ha sudado la fiebre de apocalípticas pesadillas o ha naufragado en la inmensidad oceánica.

En este instante, que por otra parte es crucial para la creación, surge el asidero de la palabra. Asidero de la palabra que manejamos ya en los talleres literarios de Jaraíz con cierta holgura. La luz se materializa en la blancura del folio y las preguntas se desvanecen en el ojo del huracán que es la punta de la estilográfica. Pregunta y respuesta van engarzadas y uno vuelve a poner los pies en la tierra parafraseando esta vez a Ernest Hemingway: *“No preguntes por quién escribes las palabras. Las escribes y las están escribiendo por ti”*